

**Palabras de Saludo de S.E. José Tolentino Cardenal de Mendonça**  
**Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación**  
**“Universidades católicas como coreógrafas del conocimiento”**  
**Asamblea General de la FIUC, Guadalajara, México, 28 de julio de 2025**

Eminentísimo Señor Cardenal José Francisco ROBLES ORTEGA, *Arzobispo de Guadalajara*.

Excelentísimos Señores Arzobispos, Monseñor Richard GALLAGHER, *Secretario para las Relaciones de los Estados de la Santa Sede*; Monseñor Joseph SPITERI, *Nuncio Apostólico en México*; Monseñor Carlo Maria POLVANI, *Secretario del Dicasterio para la Cultura y la Educación*.

Monseñor Alfonso CORTÉS CONTRERAS, *encargado de la Dimensión de Pastoral Educativa y de Cultura y Representante de la Conferencia del Episcopado Mexicano* y demás obispos presentes.

Ilustrísima Doctora Isabel CAPELOA GIL, *Presidenta de la FIUC*.

Respetable Presbítero Licenciado Francisco RAMÍREZ YÁÑEZ, que hoy, amablemente, nos acoge.

Distinguidas Autoridades académicas y civiles; apreciables Rectores y Representantes de las diferentes Instituciones de educación superior; estimados Profesores, Académicos, Doctores e Investigadores; muy queridos todos.

Hoy, al saludarlos con gran aprecio y profundo agradecimiento por la labor que realizan en uno de los campos centrales de la misión de la Iglesia, la educación superior, permítanme glosar el título de esta Asamblea, “*Universidades católicas como coreógrafas del conocimiento*”, y hacer uso de una comparación. Así como la esencia de la vida física se puede sintetizar en los cuatro elementos primordiales y la esencia de la vida moral en las cuatro virtudes cardinales, así también, según un consenso generalizado entre los expertos de danza, una coreografía –como un universo en sí mismo– funda su naturaleza en cuatro elementos propios principales: el cuerpo, el tiempo, el espacio y la música.

Denominar a las universidades católicas como “coreógrafas del conocimiento” significa entonces que, cada una de ellas, en el cumplimiento de la misión que tiene, escuchará y se guiará por una “música”, empleará los miembros de su “cuerpo”, respetará la cadencia del “tiempo” y potenciará el uso del “espacio”.

Comenzando por este último, la universidad está llamada a ser un espacio propicio para la singularidad, en donde cada persona encuentre condiciones favorables para desarrollar su propia humanidad, convirtiéndose en protagonista de su historia, pero, al mismo tiempo, no dejando de ser desafiado por la universidad a alargar su horizonte, pues el espacio académico se construye como un ordinario, persistente y polifónico entrelazamiento de lo humano. Juntos coreografamos un bien que no es solamente personal, sino también común. En una universidad no estamos solos. Nos descubrimos más humanos a los ojos, los unos de los otros, «libremente unidos en el mismo amor al conocimiento», como nos recuerda el *incipit* de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, creyentes en el valor de las prácticas colaborativas que, en cada generación, deben ser descubiertas y propuestas. La Universidad es así, un espacio de lo humano, cercano, inter-colaborativo e integral. Como escribe San John Henry Newman, en “*La idea de Universidad*”, una universidad es «una alma mater, que conoce a sus hijos uno por uno, no una fundición, una casa de moneda o un molino»<sup>1</sup>. Hoy diríamos: una universidad no es una industria anónima. Es, sí, una paciente artesanía de relaciones.

La importancia del diálogo que en una comunidad académica se debe realizar *ad intra* y *ad extra*, nos lleva, después, a la consideración de otros dos de los elementos de una coreografía: el cuerpo y el tiempo. *Ad intra*, la universidad ha de ser un *corpus*, es decir, ha de empeñarse a conjugar, en modo coordinado y armonioso, sus diferentes componentes. Nuestras universidades se deben pensar siempre más como comunidades, empezando por las personas y continuando, con valentía y coraje, en los programas de estudio. Necesitamos cada vez más colocar a las personas y a las

---

<sup>1</sup> JOHN HENRY NEWMAN, *L'idea di Università* (Roma, Edizioni Studium, 2005), 140.

diversas disciplinas a la escucha mutua, de modo que se complementen y se enriquezcan en la circularidad. Los diversos departamentos en una universidad no pueden ser repúblicas independientes, sino tejedores de un diálogo científico que, respetando la metodología y la especificidad de cada disciplina, conformen una verdadera sociedad del conocimiento. *Ad extra*, en cambio, la universidad está llamada a entablar un diálogo con su entorno, su contexto eclesial, social y cultural. No convertirse en una isla irrelevante en medio del océano de la indiferencia, dependerá mucho del compromiso concreto que la universidad haga con los desafíos y las implicaciones que su contexto particular le presenta. Una universidad que no califica su entorno, se descalifica a sí misma. La llamada tercera misión de la universidad, que pone en práctica la restitución cultural y de valores, no es facultativa, sino que es tan decisiva como las dos primeras, la docencia y la investigación.

Por último, y para permanecer dentro de la metáfora de la coreografía, tenemos que interrogarnos sobre la “música”. ¿A qué “música interior” somos fieles cuando nos movemos como universidades? Una de las más importantes coreógrafas contemporáneas, Pina Bausch, una vez dijo: «No me interesa cómo se mueve la gente, sino qué los mueve». Eso es también lo que nosotros nos debemos preguntar: “¿qué nos mueve?”, que al final, es la pregunta sobre cómo activamos nuestra identidad católica, y si ésta es, o no, el motor efectivo de todos los pasos que damos.

La fidelidad a nuestra identidad nos pide que permanezcamos en la sabiduría de la escucha. Hoy, cuando el apelo a la innovación es tan apremiante, necesitamos aún más de profundizar el sentido de lo que somos, de nuestra vocación y misión, de nuestras raíces. El pasado 5 de julio, el Papa León, en su discurso que dirigió a los profesores y a los alumnos de las escuelas católicas, les dijo: «Quisiera añadir que hoy, muy a menudo, perdemos la capacidad de escuchar, de escuchar de verdad. Escuchamos música, nuestros oídos se inundan constantemente con todo tipo de entradas digitales, pero a veces nos olvidamos de escuchar nuestro corazón, y es en

nuestro corazón donde Dios nos habla, donde Dios nos llama y nos invita a conocerle mejor y a vivir en su amor»<sup>2</sup>.

En definitiva, nuestras universidades tienen que escuchar su corazón; deben, con creatividad y sentido eclesial de comunión, mostrar al mundo la riqueza de la catolicidad con su antropología y su incondicional cuidado por el ser humano y por toda la creación. Ellas están llamadas a ser grandes coreógrafas del conocimiento, también para el conocimiento de Cristo. Un conocimiento que, en el mundo contemporáneo, necesita de testigos creíbles.

Me conmueve siempre una obra literaria, completamente jalisciense y al mismo tiempo enteramente universal, ella es “Pedro Páramo”, de Juan Rulfo. Recuerdo su *incipit*: «Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo». El diálogo consciente con el origen, la curación de sus raíces es el punto de apoyo de la vida personal e institucional. También nosotros podemos decir que venimos aquí para reforzar nuestra identidad católica y la conciencia de nuestra misión.

¡Amigos todos, enhorabuena por estos cien años de la Federación Internacional de las Universidades Católicas, un siglo de entrega y servicio en bien de la educación superior católica y a favor de la humanidad entera! ¡Gracias por todo lo que son y lo que hacen!

Queridos Rectores y Representantes de las Universidades católicas, me gustaría poder nombrarlos a cada uno por su nombre y agradecerles todo lo que hacen, cada una, cada uno de ustedes son coreógrafos no solo del conocimiento, sino también coreógrafos de la esperanza, en un tiempo que necesita tanto de ella. Quisiera agradecer su pasión por la misión educativa, su empeño y dedicación, sus sacrificios personales y su generosidad en el don de sí mismos a cada una de las universidades y a las redes, que son organizaciones tan decisivas para una visión compartida del futuro.

---

<sup>2</sup> LEÓN XIV, *Discurso a los profesores de las escuelas católicas de Irlanda, Inglaterra, Gales y Escocia; y a los jóvenes de la diócesis de Copenhague*, Sala Clementina, 5 de julio de 2025.

Ahora, permítanme solamente hacer concreta la gratitud de la Iglesia universal por su precioso trabajo, nombrando, en representación de todos, a una persona en particular, la Rectora Isabel Capeloa Gil, Presidente de la FIUC por dos mandatos. Como signo del reconocimiento por cuanto realizó, por sus méritos y su servicio a la Iglesia católica y a la sociedad, el Santo Padre le concede la distinción pontificia de “Dama de la Orden de San Silvestre”.